La espera en el muelle de carga

La hora en que no salió ningún barco

A las seis y cuarto, el muelle de carga todavía olía a madera húmeda y café recién abierto. Vera llegaba siempre un poco antes de que anunciaran el primer barco. Trabajaba al otro lado de la bahía y aprovechaba el trayecto para mirar las luces apagarse en la orilla.

Hacía semanas que dejaba libre el asiento junto al ventanal. El hombre del cuaderno subía después de ella, guardaba su bolsa allí y pasaba casi todo el viaje escribiendo. Al principio parecía casualidad; luego Vera descubrió que buscaba la misma fila incluso cuando la embarcación iba medio vacía.

Se saludaban. Nada más. Alguna mañana él le pedía permiso para alcanzar un lápiz que rodaba bajo el banco. Otras, ella sostenía la puerta mientras él llegaba con un cuaderno demasiado grande para el bolsillo del abrigo. Una vez la bolsa se había caído por un golpe de agua y los dos se agacharon a recoger las hojas que asomaban.

Vera no leyó ninguna. Se quedó con las ganas de preguntarle qué escribía.

Aquella mañana la niebla había entrado hasta los postes del embarcadero. Desde tierra no se distinguía la caseta del extremo. Un empleado colocó una cuerda delante del acceso y anunció que el servicio quedaba suspendido hasta que mejorase la visibilidad.

Algunos pasajeros se marcharon sin protestar. Otros discutieron mirando una pantalla sin información nueva. Vera no tenía mucho margen: si llegaba tarde, otra persona tendría que abrir la pequeña librería donde trabajaba.

Buscó el teléfono para avisar y entonces vio al hombre del cuaderno bajo el techo. Llevaba el lápiz apoyado en la oreja y la bolsa cruzada sobre el banco. Su nombre, según la tarjeta que una mañana se le había caído, era Elías. Había recogido la tarjeta sin que ella alcanzara a decirlo en voz alta.

—Hoy el asiento junto a la ventana se ha quedado sin ventana —dijo Vera, señalando la pared de niebla.

Él levantó la vista, sorprendido. Tardó un instante en reír.

—Y yo he traído demasiadas páginas para un barco que no se mueve.

Vera se sentó en el extremo opuesto. Entre los dos quedó la bolsa de Elías, colocada con la exactitud de quien conoce una costumbre. No parecía una barrera intencionada; tampoco era una invitación a acercarse.

—¿Trabajas allí enfrente? —preguntó él.

—En una librería. Si hoy no llego, tendrá que abrirla mi compañera. ¿Y tú?

—Reparo rótulos viejos. Letras pintadas en madera. Los dibujo primero para no estropear la última capa.

Le mostró las manos, con una mancha azul cerca de la uña. Vera recordó que una vez había visto salir del cuaderno pequeños rectángulos coloreados, como ventanas.

—Pensaba que escribías una novela.

—La más aburrida: cada capítulo se titula con el nombre de una tienda.

—En una librería la venderíamos en la sección de viajes.

Él abrió el cuaderno sin ofrecerlo todavía. Sobre la página había una puerta verde con una letra desgastada, y al lado cuatro pruebas de pintura. En el margen había dibujado una grieta casi invisible.

—Me gusta dejar las marcas que no se pueden sustituir —dijo—. Si repinto todo, la letra deja de tener historia.

Vera pensó en la librería: aquel escaparate pequeño que ella nunca había logrado ordenar del todo, las huellas de vasos sobre el mostrador, una balda torcida que todas las clientas conocían.

—Entonces no debes conocer nuestra tienda. Tenemos suficientes marcas para un libro entero.

—La conozco. Una vez fui a buscar un atlas y salí con un cuaderno de tapas azules.

—¿Ese?

—Ese. Me lo vendiste tú. Llovía y me diste una bolsa de papel de más, para que no se mojara.

Vera miró la tapa gastada. Se acordó de la lluvia, pero no del comprador. Se había pasado muchas mañanas reservándole un sitio sin saber que él conservaba algo de aquel primer encuentro.

Una sirena sonó lejos, apagada por la niebla. Elías cerró el cuaderno, como si el ruido lo hubiese sorprendido en una indiscreción.

—Si te molesta hablar mientras esperas, puedo volver al dibujo.

—No me molesta. Me preguntaba desde hace tiempo por qué te sientas siempre en la misma fila.

—Porque la luz entra por el lado izquierdo y no hace sombra sobre la página —respondió él. Después sonrió—. Y porque alguien suele dejarme sitio.

Vera se quedó mirando la bolsa. Había estado allí tantas mañanas que ya parecía formar parte del banco. En la embarcación separaba los dos asientos contiguos como un pequeño mueble portátil. Aquel día nadie había pagado pasaje, nadie tenía que sostenerse al arrancar, y sin embargo seguían a cada lado.

—¿Puedo sentarme un poco más cerca? —preguntó.

Elías miró primero el hueco, luego la bolsa. La tomó por el asa y la puso al otro extremo, sin hacer del movimiento una ceremonia.

—Aquí da mejor la luz —dijo.

Vera se acercó y él le mostró la página de la puerta verde. Ella señaló el borde de una letra en el que se veía la madera antigua. Hablaron de cómo se decide qué conservar: una mancha, una palabra, un espacio que quizá ya no sirve para lo de antes.

El muelle se fue quedando vacío. La niebla seguía allí, pero empezaban a distinguirse las cuerdas sujetas a los postes. Vera escribió a su compañera para confirmar que no estaría a la hora de abrir. Recibió un mensaje breve: todo estaba resuelto.

—Me han dado la mañana —dijo.

—A mí me harán recuperar el trabajo otro día.

—Entonces deberías aprovechar y hacer una página sobre un banco sin barco.

Elías pasó la hoja. Dibujó dos trazos del muelle, el techo bajo el que estaban y una bolsa diminuta en el extremo de un asiento. No dibujó personas. Dejó un espacio en blanco donde Vera apoyó la mano para sujetar el papel contra el viento.

Desde la caseta llegó una voz anunciando que el siguiente barco podría prepararse para salir. Ninguno de los dos se levantó de inmediato. Todavía estaban discutiendo si aquella línea recta, tan poco elegante, debía representar la niebla o el borde del agua.